



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año I

17 de diciembre de 1887

Núm. 7



LA PALOMA Y LA NIÑA

Ayuntamiento de Madrid

LOS NIÑOS DE LA BIBLIA

Abel

Aun resonaba en los espacios la palabra del Criador, y el primer soplo del Génesis movía aún las palmas del Edén, sonriendo al rizar las espumas de las aguas. Las aves del cielo arrullaban sus amores, tejiendo, con cintas de yerba y copos de vellón, nidos para sus tálamos, y guirnaldas para las perpetuas nupcias del primer hombre y la mujer primera. Juntos seesteaban en paz, á la fresca sombra de los valles, tigres y corderos, y la sangre de áspides y víboras no era venenosa aún, porque aun no había malicia que arrastrara en pos del hombre los males que trajo el pecado.

Todos los animales reconocían, mansos y sumisos, el predominio del hombre, cuyas manos besaban y cuyos pies lamían. La madre tierra les daba copioso y pródigo sustento en sus frutos espontáneos, y el sol de Dios los calentaba á todos con su lumbré, y todo lo embellecía con su luz, recién salida de las sombras de la nada.



La paloma y la niña

Todo era felicidad en el Edén, jardín de las delicias que creó el Señor para que su inocencia y santidad las gozaran siempre sus dos criaturas predilectas: el hombre y la mujer. Y, en efecto, siempre habrían vivido felices nuestros primeros padres, en medio de tan puros goces, si no hu-

bieran tocado al fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, único fruto que en prueba de obediencia les había prohibido el Señor.

Pero el demonio, ángel caído por su soberbia, y en ella enemigo de Dios y sus criaturas, tomando la figura de la serpiente, indujo á Eva á pecar; y Eva pecó por tentación de la serpiente, y Adán por sugestión de Eva, comiendo los dos del vedado fruto.

Entonces el Señor maldijo á la serpiente; condenó á Eva, y en ella á todas las mujeres, á tener los hijos con dolor y á estar sujeta á la potestad del varón; condenó, en fin, á Adán, y en él á todos los hombres, á ganar el sustento con el sudor de su frente, y á morir después de amarga y breve vida. ¡Funesta y por siempre deplorable trasgresión del precepto divino! ¡Desobediencia que desencadenó sobre la humana estirpe todos los males y dolores de esta vida transitoria! Desde entonces entró la maldad en el mundo, y comenzó esa eterna guerra del mal y del bien, del malo y el bueno, de Caín y Abel.

Luego de maldecirlos por su pecado, arrojó el Señor á Adán y Eva del

Edén, á cuya entrada puso un querubín que con espada de fuego guardara la vía del árbol de la vida.

Trabajosa y dura fué ya la vida de Adán sobre la tierra, cubierta ya de abrojos por la maldición de Dios; y según ella multiplicáronse los dolores de Eva, dando á luz varios hijos, y entre ellos á Caín y Abel.

Los infelices padres se consolaron con ellos, esperando las misericordias de Dios. Pero Caín vino á turbar luego el júbilo de sus padres apartándose desde muy temprano de las vías del Señor. No así su hermano Abel, que obediente, sumiso y piadoso, crecía cándido y fragante como los lirios del campo. Pero si en su inocencia se complacía Adán y en su hermosura se recreaban los ojos de Eva, Abel también vino á amargar los días de sus padres, anegándolos en lágrimas, cuando dejó la vida en manos del sanguinario Caín.

Recio y violento de genio, Caín cultivaba la tierra; y aunque en la Naturaleza, humeante aún al calor de la creación, veía por todas partes el sello de la Divinidad, Caín se acordaba poco de Dios, ó no lo adoraba con la constancia sumisión y fe debidas. Al contrario Abel: blando en condición, creyente y fervoroso, guardaba en su corazón la fe de sus padres y no olvidaba nunca lo que debía á Dios; erigia místicos altares al Señor, y en ellos le ofrecía las primicias del rebaño que guardaba y la pureza de su corazón.

Con esto aceptaba el Señor la ofrenda de Abel, dándole visibles muestras de su agrado, mientras no bajaba el fuego del cielo á consumir la ofrenda de Caín, ni la bendición de Dios prosperaba sus trabajos. Lejos de reconocer la causa de esta diferencia y enderezar su espíritu y su corazón, el iracundo Caín frunció el ceño en envidia y odio contra Abel.

Y así crecieron Abel y Caín: el uno amando; odiando en envidia el otro; bien que Dios bendijera las virtudes del primero y reprendiera los rencores del segundo.

Y sucedió que un día invitó Caín á su hermano Abel á salir con él al campo, ocultando por entonces su injusto y tenaz enojo; y el inocente Abel, que en su candor de sencillez ni sospechó siquiera la alevosía de su hermano, tranquilo y confiado salió con Caín al campo. Solos ya en paraje retirado, donde nadie sino Dios era testigo, hubo el soberbio de reconvenir al humilde con las quejas que le sugirió su odio; odió que Abel no pudo aplacar con sus lágrimas, que más y más irritaban á Caín; el cual, alzando al fin la mano, armada con una quijada de asno, hirió sin corazón y remató sin piedad al inocente, derramando así la primera sangre humana é iniciando la guerra entre los hombres.

CECILIO NAVARRO



Ayuntamiento de Madrid

EL JUBILEO SACERDOTAL DE LEÓN XIII

La celebración del próximo jubileo de S. S. es el acontecimiento que más preocupa la atención del mundo católico.

Es incalculable el valor de los presentes con que con este motivo será agasajado León XIII. Jamás monarca alguno ha conseguido que se le tributara tan universal homenaje de simpatía y adhesión. Por los hermosos salones de su incomparable morada verá discurrir á los grandes y los humildes de la tierra, y á todos acogerá con igual bondad. Ser bueno; ser extraordinariamente mejor que los demás mortales: hé ahí la principal virtud que demuestra siempre el santo padre.

A su presencia el ánimo se siente sobrecogido; nadie se atreve á levantar los ojos: éstos, curiosos siempre, se fijan primero en las primorosas sandalias que cubren sus pies, luego en las albas vestiduras de maravillosos encajes, después en la cruz de oro ó piedras preciosas, ó en el rojo cíngulo que ciñe; y luego, velados y temerosos, se fijan en su semblante, que respira siempre inefable bondad.

¡Llegar á papa! ¡No haber nacido en real cuna y ser rey de reyes! ¡Qué supremo y excepcional honor! Siendo Dios la suma justicia, no podía establecer privilegios dejando vinculada su representación en la tierra; y dejó que los hombres, sus hijos, eligieran de entre sus hermanos el que debía ser su representante entre los hombres.

Por eso suben al trono de San Pedro hombres de extraordinario saber, pero de humildísimo origen.

Adriano IV había sido, en su niñez, sirviente del convento de San Albano, en Inglaterra. Despedido por aquellos monjes, fué mendigando hasta llegar á Aviñón, donde entró como doméstico en el monasterio de San Rufo. Allí demostró su vocación para el estado eclesiástico, allí se ordenó, llegando á superior de la orden, y de allí salió para Roma á causa de algunos disgustos que habían surgido en la comunidad. Eugenio III le nombró cardenal, sucediendo al sucesor de éste, Anastasio IV, en el solio pontificio. Adriano IV, en el mundo Brekspeare, ha sido el *único* papa inglés que ha ocupado la silla de San Pedro.

Cuatro siglos después, Félix Paretti, un pobre muchacho guardador de puercos, fué amparado por un piadoso sacerdote. El mozo siguió la carrera eclesiástica con tal aprovechamiento, que al terminarla fué nombrado profesor de teología. Tan rápidos progresos hizo en su carrera, que subió al solio pontificio, tomando el nombre de Sixto V. En los esplendores del trono no desdeñó nunca la humildad de su origen. Cuando su hermana se presentó á felicitarle vestida con ostentosa magnificencia, Sixto V le dijo:

—No os conozco: mi hermana es una pobre mujer del campo, y no tiene motivo para despreciar su origen.

Esta provechosa lección no fué olvidada por los descendientes de Sixto V. Corría nuestro siglo, cuando, en uno de los más aristocráticos salones de París, algunas personas recordaban su esclarecida prosapia. Una joven muy bella y espiritual dijo:—Yo también tengo mis antepasados: desciendo de los Paretti.

A lo que se apresuró á replicar uno de los presentes:

—¿De Sixto V?

—No: de la familia del guardador de cerdos,—contestó sencillamente la joven, que fué más adelante Mme. Emile de Girardin.

TRINIDAD DE LA ROSA



Valentina

PEPE Y JUANA

I

Pepe y Juana se despertaron con el día.
 Entre los dos sumaban catorce años.
 La madre les lavó, vistió, y dijo:
 —¡Ea! Ya estáis despachados.
 —¡Dame pan!—gritó el mayor.
 —¡Tengo hambre!—prorrumpió la pequeña.
 La mujer dividió un mendrugo en dos pedazos.
 Tomad, y largo de aquí.
 La niña, después de mirar aquel trozo de pan cristalizado, le vantó la cabeza.



La ardilla

—Quiero carne.
 —Lo que es hoy no te hará daño.
 Juana insistió de nuevo, y la madre, impaciente, replicó con malos modos:
 —¡Cómo te he de decir que no hay!
 —¡Carne!—lloriqueaba la pequeña.
 Pepe se aproximó a su hermana.
 —¿Quieres carne?
 —Sí.
 —Ven por ella.
 —¿Dónde?
 —Al río: traeremos pájaros, y verás cómo te chupas los dedos.
 —¿Qué diablos hacéis ahí?—gruñó la mujer dando el último escobazo.
 —Nada,—prorrumpió gravemente el muchacho;—nos vamos.
 —Ya os podíais haber ido.
 Pepe se encasquetó la gorra, asió a Juana por un brazo, y la condujo a la escalera.
 —No os vayáis muy lejos.
 —No.
 —Cuidadito con los coches.
 —Bueno.
 —No tardéis.
 Los dos hermanos desaparecieron, oyéndose el ruido que hacían en las escaleras, bajando á brincos los tramos.

II

No lejos de la ciudad corre el río entre dos apretadas arboledas, en cuyo follaje vive una inmensa muchedumbre alada.

Pardillos y jilgueros, gorriones y calandrias, verderones y otros pájaros, expresan allí, de la mañana á la tarde, en inacabables cánticos, la satisfacción íntima que en la vida producen la libertad, la salud y el instinto saciado.

De árbol en árbol, de rama en rama, picoteando en una y otra hoja, va y viene aquel enjambre de pequeñísimos seres, diciéndose en su idioma frases de ira, de celos y de amor; que también los pájaros, como los hombres, sienten y dicen tan diversas pasiones, si bien éstos en voces rudas, y aquéllos en deliciosas notas.

De pronto, gritos infantiles se unieron á aquellos cantos.

—¡Por aquí, por aquí! Cuidado con el río: no te caigas. Dame piedras.



La ardilla

Eran Pepe y Juana: el uno tirando á los pájaros, la otra recogiendo municiones de guerra.

—¡Ya cayó otro! Mira: está vivo.

—Este para mí.

—Retuércele el pescuezo.

—No, no: es para jugar con él.

—¡Bah! Mejor estará en la cazuela.

—Pepe: ¿qué daño te han hecho los pájaros?

—¿A mí? Ninguno.

—Pues no tires más y vamos á casa.

—¡Déjate de pamplinas!... ¡Pum!... ¿Eh? No ha dicho Jesús. Adelante: por aquí. Dame piedras. ¡Cómo se va á alegrar mi madre!

III

Al mediodía los dos hermanos volvían á casa.

Pepe iba muy contento, silbando la canción del día: Juana, convertida en enfermera, acariciaba al único pájaro que había escapado con vida.

En el camino hallaron un cazador de veras, con escopeta de dos cañones al hombro, el morral á la espalda, las municiones al cinto y seguido de dos perros.

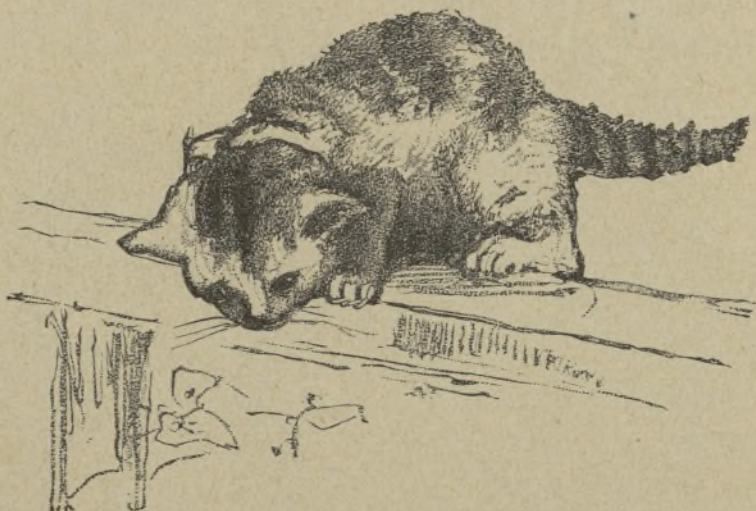
—¿A que no sabes dónde va ese?—dijo Pepe, apuntando con el dedo.

—¡Qué sé yo!

—Al monte, á hacer lo que nosotros en el río.

—¿A matar pájaros?

- ¡Ca, tonta! Ese se dedica á caza mayor: tira con perdigones á los conejos.
- ¿Sabes lo que digo?
- ¿Qué?
- Que eso es tener muy malos sentimientos: ¿para qué matar tantos animalitos?
- ¡Toma, para comer!
- Para comer no es preciso matar á nadie.
- ¡Anda, anda! Pues ¿qué crees tú que es la carne que madre echa en el puchero? ¿Qué el pescado que comemos algunas noches? Pues son pedazos de vaca, carnero y merluza que matan los hombres para que nosotros comamos.
- ¡Calla, Pepe, que se me quitan las ganas de tomar bocado!
- En el mundo todo es así: los lobos se comen á las ovejas, los gatos á los ratones, las arañas á las moscas, y hay hombres que se comen á sus semejantes.
- ¡Qué barbaridad!
- Será lo que tú quieras, pero así sucede.
- ¿Recuerdas los mandamientos de la ley de Dios?
- De corrido.



La cesta de Catalina y su gatito

- Pues el quinto dice: «No matar.»
- Pero no dice: «No comer.»
- No seas bruto, Pepe.
- Tú si que eres tonta: ¿no comprendes que si no comiéramos seríamos los primeros en faltar al quinto mandamiento de la ley de Dios?
- ¿Por qué?
- Porque nos mataríamos de hambre.
- Juana quedó silenciosa, pero no convencida.
- A la hora de comer, á pesar de su buen apetito, se obstinó en no probar los pájaros; pero un hecho singular la decidió á acompañar á su madre y hermano.
- El pájaro vivo, á quien tenía atado con un hilo, se posó en los extremos de la mesa y comenzó á picotear los desnudos huesos de sus semejantes.
- Juana, no sin cierto horror y alguna repugnancia, siguió su ejemplo, y, de igual suerte que el conde Ugolino... comió.
- En media hora no levantó la cabeza; y cuando, ya satisfecho el estómago, la volvió buscando al pobre prisionero á quien aquella misma mañana había salvado la vida, halló sus ensangrentadas plumas en las fauces del gato, de aquel hermoso gato negro que tres días después se comieron en arroz los albañiles que fueron á retejar la casa.

VICENTE COLORADO

EL TRIBUNAL DE HONOR

Fábula

«Quien mayor dicha ofrezca á los mortales,
el laurel ceñirá del vencedor:
siete brahmanes, en saber iguales,
juzgarán quien más digno es del honor.»

Por do quier este edicto pregonaban
emisarios de un rey del Indostán,
que á todos á la fiesta convidaban
de parte del sultán.

Al punto, de oro llena y pedrería,
se presentó, altanera, una mujer:
—Yo reparto tesoros á porfía:
no hay valla á mi poder.

—¿Quién sois vos?

—La Riqueza: mi presencia
publica mi esplendor y majestad.
—Retiraos: el oro, con frecuencia,
pierde la humanidad.—

Cubierta con el casco de Belona,
luciendo duro peto y espaldar,
apareció después fuerte matrona:
la Gloria militar.

—Y ¿quién sois vos?

—El rayo de la guerra:
levanto al más audaz sobre el pavés:
las altas potestades de la tierra
se humillan á mis pies.

—¿Cómo lleváis la diestra enrojecida?

—Es la sangre enemiga que vertí.

—¡Horrible crueldad! ¡Sois homicida!
Idos; idos de aquí.—

Luego vinieron juntos varios seres
de aire jovial, de aspecto seductor.

—Y ¿quiénes sois vosotros?

—Los Placeres:
gente de buen humor.

Procuramos la dicha á los humanos
con fiestas, y banquetes, y expansión...

—Sois los malos placeres; los livianos;
peste del corazón.—

Tras ellos otra dama aparecía;
tesoro de primor, linda sin par:
creyéronla Afrodita, que salía
de la espuma del mar.

Unia á su esbeltez y donosura
un rostro de querube.

—Y ¿quién sois vos?—

dijeron los brahmanes.

—La Hermosura;
un misterio de Dios.

No hay lindes á mi reino omnipotente:
¡dichoso el que yo trato con bondad!

—Pero herís los sentidos solamente:
¿qué más frivolidad?—

Confundida salióse aquella dama;
y una ninfa de extrema candidez,
llevada de otra ninfa que la aclama,
se presentó á su vez.

Con manto muy tupido se cubría,
revelando su honesta cortedad.

El más viejo brahmán dijo:—Hija mía,
no vaciléis; entrad.

—Si no debo; si al sitio en que me miro
La Amistad me ha traído á mi pesar.
Yo nada merecí ni á nada aspiro:
dejadme retirar.—

Su acompañante dijo:—Es una santa
esa mujer; un ángel del Edén.
En donde quiera que sentó la planta
ha derramado el bien.

No la dejéis partir: ella, elemento,
á los tristes consuela con fervor;

y al huérfano infeliz y al indigente
socorre con amor.

Su alma, hasta el martirio depurada
de la amarga desgracia en el crisol,
es hermosa, es bonísima, es honrada,
es limpia como el sol.

—No más,—clamó en seguida, en grave tono,



La cesta de Catalina y su gatito

el Tribunal, bajando el escalab:

—Subid, mujer sublime, á aqueste trono;
ceñid este laurel.

¡Más digno galardón os guarda el Cielo!—
Y, hablando con la absorta multitud,
dijo un brahmán al levantarse el velo:

—Amadla y bendecidla: es la Virtud.

FELIPE JACINTO SALA

* NUESTROS GRABADOS *

LA PALOMA Y LA NIÑA

Dos palomas, macho y hembra, estaban cierto día en el tejado de la casa donde habitaban; y ocupábanse en limpiarse el plumaje, como lo hacen continuamente, cuando de pronto extendióse sobre ellas como una nube, y, antes de que el macho pudiese explicarse lo que era, vió un ave de grandes alas que con la hembra en las garras elevábase por los aires. Era un milano; y el macho, temblando de miedo ante aquel espectáculo, emprendió el vuelo con toda la rapidez posible, sin detenerse hasta que perdió la casa de vista.

Al fin se detuvo en un tejadillo muy pendiente y miró á su alrededor. Por allí no había palomar alguno, ni tampoco otras aves de su especie. El sitio parecía muy extraño, y la pobre paloma, acosada ya por el hambre, no sabía á dónde dirigirse.

De repente vió salir á una niña de la casa en cuyo tejado acababa de posarse. Llevaba una cestita en la mano, y, llamando á unos pollitos, comenzó á darles de comer. Algunos

granos de maíz saltaron á cierta distancia, lejos de los pollos; y la paloma, no pudiendo resistir á la tentación, precipitose á tierra para cogerlos.

—¡Mira, mamá,—gritó la niña,— qué paloma tan bonita! Quisiera poder cogerla.

Con este objeto arrojó algunas migas de pan más cerca de sí, ahuyentando á los pollos, y atrajo así á la paloma. Esta se acercó más y más, y, como estaba muy domesticada, se posó en la mano de la niña.

La mano se cerró entonces, y el ave quedó prisionera.

Su nueva ama la trató muy bien, y á los dos días la dejó salir. La paloma se acostumbró á comer en la



La avispa

mano de la niña, y andaba entre los pollitos.

Cierto día pasó por allí el que había perdido la paloma, y al verla preguntó á la niña cómo la había adquirido. Esta le refirió el caso y consintió en devolverla, lo cual agradeció tanto el reclamante, que le regaló dos pichones.

VALENTINA

¡Preciosa avecilla: quiero que debajo del ala lleves un mensaje mío á la niña en quien continuamente pienso! Es un pequeño billete que tiene mucho valor para mí, y en el que se habla de una cosa que los poetas cantan á menudo: del amor.

Vuela, avecilla; y cuando veas unos ojos brillantes, de dulcísima mirada; una linda boca que parece pedir un beso, y que yo compararía con una rosa á punto de abrirse; cuando veas un cabello sedoso, dorado como las espigas maduras, que brilla cuando en él se reflejan los rayos del sol; entonces te hallarás en presencia de la hermosa niña á quien va dirigido el mensaje de que serás portadora; mensaje de amor que es para mí un tesoro. Acércate á ella, deja caer el billete, y no olvides que se llama Valentina.

LA ARDILLA LISTADA

El labrador Juan se empeñó en segar todo su trigo por la noche; pero los trabajadores que había contratado no se presentaron.

No le debió desagradar esto á cierta ardilla, vivaz y atrevida, notable por su pelaje listado, que trabajó por su propia cuenta en el campo de Juan, y que, á pesar de su escaso tamaño, segaba tan rápidamente como el mejor jornalero, teniendo sobre éstos la ventaja de poder llevarse á su vivienda todo cuanto cogía.

De vez en cuando deteníase en su tarea para descansar un poco, produciendo un grito particular, sin duda de satisfacción, por la abundante cosecha que su suerte le deparaba.

Vivía cerca del campo, en el hueco de un árbol, á corta distancia del vallado de aquél. Su vivienda y su granero se confundían, y estaban tan bien ocultos que no se hubieran encontrado fácilmente.

Una tarde, los dos hijos del labrador, Jorge y Santiago, fueron al campo de trigo; y como viesan á la ardilla muy afanada, escondiéronse detrás de un grueso tronco para observar: el gracioso animal estaba tan ocupado que no fijó su atención en los muchachos.

¡Qué rápidos eran sus movimientos! Ningún hombre hubiera podido mover sus brazos con tanta ligereza como la ardilla sus patas: doblando á un tiempo los tallos de varias espigas, cortaba las cabezas con los dientes en un momento, quedándose sólo con el grano.

—¿Dónde se llevará su provisión?—preguntó Santiago á su hermano.—Seguramente necesitará un saco como el que usa nuestro padre.

—¿No ves como se le inflan los lados de la boca?—replicó Jorge.—No necesita más saco que ese.

—¿Sabes lo que me recuerda eso?—dijo Santiago.—Me hace pensar en tu costumbre de meterte las ciruelas en la boca para que no te las vean.

Cuando la ardilla hubo llenado de trigo sus singulares bolsas, emprendió la carrera apoyando la cola en el dorso. Los muchachos esperaron para ver si volvía, y, en efecto, no tardó en reaparecer, pero ya llevaba la boca vacía.

—Estoy seguro,—dijo el mayor de los hermanos, cuando se iban á casa,—que el animalito tiene almacenado ya en su vivienda más de un celemin de trigo para que no le falte en el invierno. Mientras no haya más que uno de esos ladronzuelos, no hará mucho daño; pero si hubiese muchos sería necesario perseguirlos y matarlos. Cuando todo el trigo esté segado, deberá ir á buscar nueces.



La avispa

LA CESTA DE CATALINA Y SU GATITO

Yo tenía un gatito negro y blanco, muy retozón, pero nada prudente.

Junto á nuestra casa había una parra con enrejado, y cierto día el animal comenzó á trepar por allí hasta que llegó á lo más alto. Entonces miró al suelo, y, al ver la distancia que de éste le separaba, comenzó á mayar lastimosamente, porque tenía precipitarse desde aquella elevación.

Salí corriendo, y al punto comprendí la causa de las quejas del gatito, las cuales redoblaron apenas me vió; y temiendo que se cayera, reflexioné sobre qué medio podría adoptar para socorrerle en su apuro. De pronto me ocurrió atar mi cesta en la punta de un palo, y, empuñando éste por la extremidad, le elevé cuanto pude hasta acercarlo al enrejado, poniéndolo junto al gatito, al que llamé con voz cariñosa. Apenas vió la cesta, el animal se lanzó presuroso á su interior, y así pude bajarlo sano y salvo hasta el suelo. Se alegró tanto, que me pareció que no volvería á exponerse más de aquel modo.

Sin embargo, todas las mañanas el estúpido gatito vuelve á trepar al enrejado, y espera allí á que le presente la cesta para bajar, como si esto le sirviera de entretenimiento.

LA AVISPA

Tal vez creiais, amiguitos míos, que la avispa es un insecto feo y maligno, que no hace en el mundo otra cosa más que picar á los niños; pero he de advertiros que no hace uso de su aguijón sino cuando le inquietan. Siempre que vuela afanosa de un lado á otro, no es con el objeto de hacer daño, sino á fin de buscar una vivienda propia para sus hijuelos.

Días pasados observé á una que había elegido el techo de mi estancia, en el sitio más

próximo á la ventana, para fabricar su nido; y pude observar cómo formó una pequeña cavidad de arcilla, abierta en una de sus extremidades. No he querido molestarla en su trabajo, y ahora cría allí á su progenie. La vivienda aumentaba en tamaño cada día, hasta que llegó á tener el de una ciruela. Entonces la madre cerró la abertura y alejóse.

Apenas hubo desaparecido, abrí su vivienda de barro, y encontré, en el interior, como dos diminutos rollos de una cosa que parecía lana, envueltos en una especie de gasa: eran los hijuelos de la avispa, es decir, sus larvas. Habéis de saber que este insecto es un gusano antes de tener las alas y el aguijón. Alrededor de su progenie vi los cuerpos de varias moscas muertas y arañas que la avispa había matado con su aguijón á fin de que los hijuelos



El perro de Berta

tuviesen el alimento necesario cuando despertaran. La avispa de que os hablo era de una especie solitaria, pero hay otras que viven en comunidad, en vivienda de grandes dimensiones, las cuales fabrican de por sí, formando con admirable perfección paredes duras y acartonadas, y en el interior diversos compartimentos que hacen las veces de habitaciones.

EL PERRO DE BERTA

Mi prima Berta tenía un perro mastín llamado León, que era verdaderamente magnífico. Seguía á la niña en todos sus paseos, y era tan manso como dócil; pero, á semejanza de otros muchos perros, desagradábanle mucho los gatos. Por eso siempre que iba á casa ocultaba yo el mío, pues de lo contrario le habría perseguido y tal vez muerto.

Cierta día León salió á la calle para retozar con otros perros, y en un momento de descuido atropellóle un carro y le rompió una pata. Berta y su hermano comenzaron á gritar cuando le vieron entrar cojeando: la una lloraba amargamente, y el otro quiso ir á buscar al veterinario. Muy pronto llegó este último, y, cuando hubo examinado la pata de León, aseguró que la curaría en pocas semanas.

El pobre perro estaba muy triste mientras le ponían el apósito; mas no tardó en quedar arreglado, y Berta le cuidó luego con la mayor solicitud.

La niña creyó que iba á tener calentura; pero su hermano le dijo que mientras tuviese la nariz fría no había peligro de tal cosa.

Gracias al celo de Berta, León pudo salir muy pronto con ella; pero pasó algún tiempo antes de que pudiera volver á jugar con sus demás amigos de la vecindad.

EL LORO Y EL PERRO

El niño Domingo tiene tantas tías que apenas puede contarlas; pero entre todas prefiere una, á la cual llama *Tita*, que tiene un perro y un loro. A este último le llaman *Perico*: tiene ya sesenta años, y siempre parece estar encolerizado; no porque sea viejo, como algunos creen, sino porque ya era una ave de mal carácter en su primera juventud.

Domingo no se acerca mucho al loro, porque teme que le coja un dedo con su duro y



El perro de Berta

acerado pico; pero en cambio siempre va con el perro, llamado *Rob*, seguro de que éste no le morderá nunca. Juega con él continuamente, arrojando una pelota de goma para que vaya á cogerla, y sabe muy bien que *Rob* se la devolverá.

He dicho antes que el perro no mordía, pues quería mucho al muchacho; pero éste le oprimió cierto día la cola de tal modo, que le hizo daño; tanto, que *Rob*, no pudiendo resistir más, dió un salto é hizo un ademán como para morder. El loro, que presenciaba esta escena, comenzó á proferir gritos amenazadores contra el perro, y le espantó de tal modo que éste huyó á esconderse, avergonzado, sin duda, de haber querido morder á un niño.

LOS NUEVE MARRANILLOS

Tenemos nueve marranillos: el uno es blanco, el otro de color pardusco, y los demás manchados. Todos viven en una pocilga que está en el patio: por aquí corren con frecuencia,

y entretiénense en revolver la basura con el hocico. Cierta día practicaron un agujero en su vivienda, y el marranillo blanco se escapó. Siguióle su compañero, y despues todos los demás. El primero se detuvo para mirar á su alrededor, como asombrado de ver tanto espacio libre, y sus compañeros parecían igualmente absortos. El marranillo blanco preguntó á su compañero, el pardo, dónde irían. Este contestó que lo mejor sería dirigirse á la montaña, y al punto marcharon hacia ella seguidos de sus compañeros. Como eran todos pequeños, aún sabían poco, y aquel era el primer viaje que hacían. Pronto llegaron á la cumbre, donde vieron una casa muy grande con un extenso patio.—¡Qué pocilga tan hermosa!—exclamaron.—¿Habrá



El loro y el perro

más cerdos allí?—preguntó despues el cerdo pardo.—Seguramente,—contestaron los otros, creyendo, sin duda, que en el mundo no había más que animales de su especie.

Como la puerta estaba abierta, todos entraron, uno tras'otro, en el patio. Al pronto no vieron á nadie, y siguieron adelante; pero antes de llegar á la puerta divisitaron á la cocinera.—Ese no es cerdo,—dijo el marrano blanco.—Vámonos cuanto antes.

Y al punto echaron á correr para volver á su pocilga; pero ya sabían más que cuando salieron de ella. Habían visto mundo, y sabían ya que los animales de su especie no eran los únicos que lo habitaban.

LA FAMILIA HONRADA

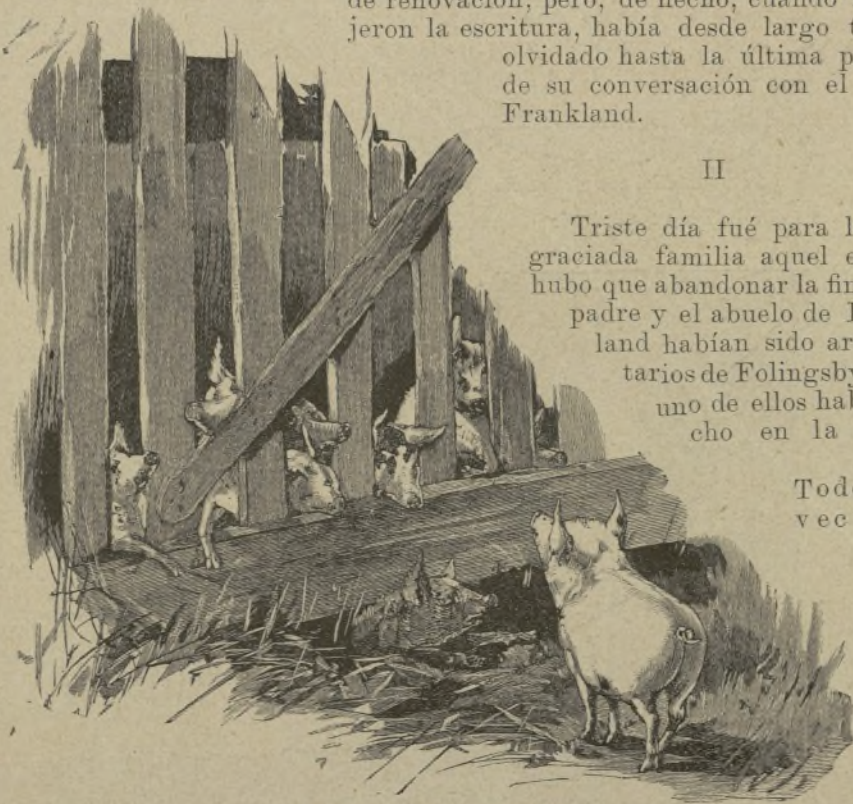
(Continuación)

Esto le causó viva satisfacción, porque, á pesar de su gran fortuna, hallábase á menudo muy escaso de fondos, y su *factotum* sabía aprovecharse perfectamente, para complacerle, de su aversión hacia los negocios. Ciertamente el Sr. Folingsby no habría, por ningún precio y con propósito deliberado, cometido una acción tan baja como denegar á un colono estimable una promesa de renovación; pero, de hecho, cuando le trajeron la escritura, había desde largo tiempo olvidado hasta la última palabra de su conversación con el pobre Frankland.

II

Triste día fué para la desgraciada familia aquel en que hubo que abandonar la finca. El padre y el abuelo de Frankland habían sido arrendatarios de Folingsby: cada uno de ellos había hecho en la tierra

Todos los
vecinos,



Los nueve marranillos

movidos á compasión, dieron suelta á la indignación que sentían contra el Sr. Folingsby; pero, como éste estaba en Ascot, no les oyó. Asistía á las carreras de caballos, apostando sumas considerables por su caballo favorito, mientras el anciano y su familia seguían lentamente, en su carro cubierto, el camino que les alejaba de la finca, dirigiendo un último adiós á aquellos campos que habían cultivado y sembrado, y cuya cosecha no recogerían ya.

Ana, la criada, que tan amargamente se echaba en cara haber dejado el cubo de ceniza cerca de la hacin de heno, mostraba una actividad sin igual en el servicio de la familia. En esta ocasión habríase dicho que sus fuerzas se habían duplicado, y mostraba una destreza y una presencia de espíritu de que nunca había dado pruebas anteriormente: parecía como que la gratitud hubiese despertado todas sus facultades.

Antes de entrar en esta familia había pasado algunos años en casa de un labrador que cultivaba una pequeña pieza de tierra con una linda alquería. Recordó que el arriendo expiraba aquel año mismo. Sin decir palabra de sus intenciones á nadie, partió una madrugada, hizo quince millas á pie, y fué á encontrar á su antiguo amo, ofreciéndole pagar una anualidad, por adelantado, de las economías que había hecho durante seis ó siete años, si quería ceder su arriendo al Sr. Frankland. No quiso el labrador aceptar el dinero de la bizarra joven, y le dijo que no había necesidad de adquirir informe alguno respecto al Sr. Frankland y á su hijo Jorge. Añadió que gozaban de la mejor reputación, y que nadie, en todo el condado de Monmouth, entendía mejor que ellos la explotación de una finca. Concedióles muy gustoso el arrendamiento; pero la finca sólo tenía algunos acres, y la casa era tan pequeña que, cuando más, podían alojarse en ella tres personas.

(Se continuará)

Soluciones á los problemas y ejercicios del número anterior:
Logogrifos numéricos: Ricardo. Cristóbal.—Intrínquis: Leona.



CHARADAS

En balandra *prima dos*
(que *tres dos* valía, á fe)
vi en *cuarta quinta* aferrada
quinta y tres de muy buen ver.
Pero al saber que la gente
padecía *prima tres*
y era el capitán un *todo*
¡de qué modo eché á correr!

Jesús, Jesús, ¡qué *primel*!
La *todo* ve cualquiera
sin más *tercera uno*.
A ver quien *tres* ó yerra,
para tomar *tres dos*
de su ingenio ó simpleza.

—¡*Segunda, quinta, tres, cuatro!*
¿Qué hace usted ahí en la *todo*?
Comiendo estos *cuatro cinco*.
¡*Prima quinta* muy sabrosa!

—¡*Valiente prima!* Pero ¡qué *tercera!*
Eso *segunda* una fortuna entera.—
Tal un *todo* decía á más de cuatro
una noche de función en el teatro.

ORESTES

Los nueve marranillos

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca. 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 y 367, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 y 367.—BARCELONA.

Ayuntamiento de Madrid